

# La familia

*del nuevo milenio*



- ¿Cómo y cuándo empezar?
- El temor a equivocarse.
- Premios y castigos.

Poner límites

“A mí me alarma el miedo que muchos padres sienten al ponerle límites a sus hijos, a decirles que no. Esto es muy frecuente y nos sorprende verlo en matrimonios muy similares al nuestro, en amigos o parientes”. Quien habla es Nacha, una periodista de 33 años, mamá de Javier (12), Magdalena (10) y Candelaria (4). Y habla en plural, porque involucra en estas consideraciones a Marcelo, su marido, de 38, empleado público, quien también opina que los límites deben acompañar la educación de los hijos desde la más temprana infancia. Para ambos, el tema es clave y se esfuerzan por funcionar como un equipo.

“A cada paso, la vida nos da una espléndida oportunidad de poner límites, pero hacerlo cuesta más trabajo”, infiere Nacha. “Lo más difícil es encontrar la palabra justa, el equilibrio en los premios y en las prohibiciones”, coincide su marido.

Medio en broma y medio en serio, Marcelo comenta lo incómodo y frecuente que les resulta participar de una reunión entre amigos, cuando alguno de sus pares conversa mientras tiene un hijo subido a los hombros y el otro corre como un loco por la casa, arrojando al suelo lo que encuentra a su paso.

“He visto petisos de apenas un metro de altura -dice Nacha- que insultan a su mamá a los gritos, sin que ella atine a otra cosa que a mostrar un gesto de resignación o confirmar en voz alta que el nene “es tremendo”. Yo creo que el orden, el respeto y la convivencia ‘civilizada’ determinan que, si los chicos no conocen límites a temprana edad, después sufren demasiado”.

## La primera batalla

La escolarización implica cambios muy profundos para el niño, porque de un ámbito familiar protector en el que cumple un rol único pasa a otro que representa su primera experiencia de vida en comunidad. En la escuela, el niño es uno más del grado, y padres, niños y docentes deben incorporar esa idea.

Actualmente, la escolarización comienza varios años antes y la experiencia crucial que implicaba el ingreso a la escuela primaria se vive ahora a los 2, 3 ó 4 años (si no, antes), cuando asisten a una guardería, salita maternal o el jardín de infantes. Adriana Barrozo dirige un jardín donde asisten setenta chicos y es consciente de que ella y sus colegas practican la

puesta de límites, refuerzan hábitos y normas que antes eran de exclusiva competencia familiar. “Los niños prueban, miden y averiguan hasta dónde pueden llegar. Por eso, en el jardín es fundamental plantear los límites, que no son otra cosa que pautas de convivencia básicas acompañadas de una explicación”, advierte la docente. “Poner límites es también ser justo, firme y aplicar la ley pareja para todos, porque los chicos están a la pesca de una arbitrariedad”.

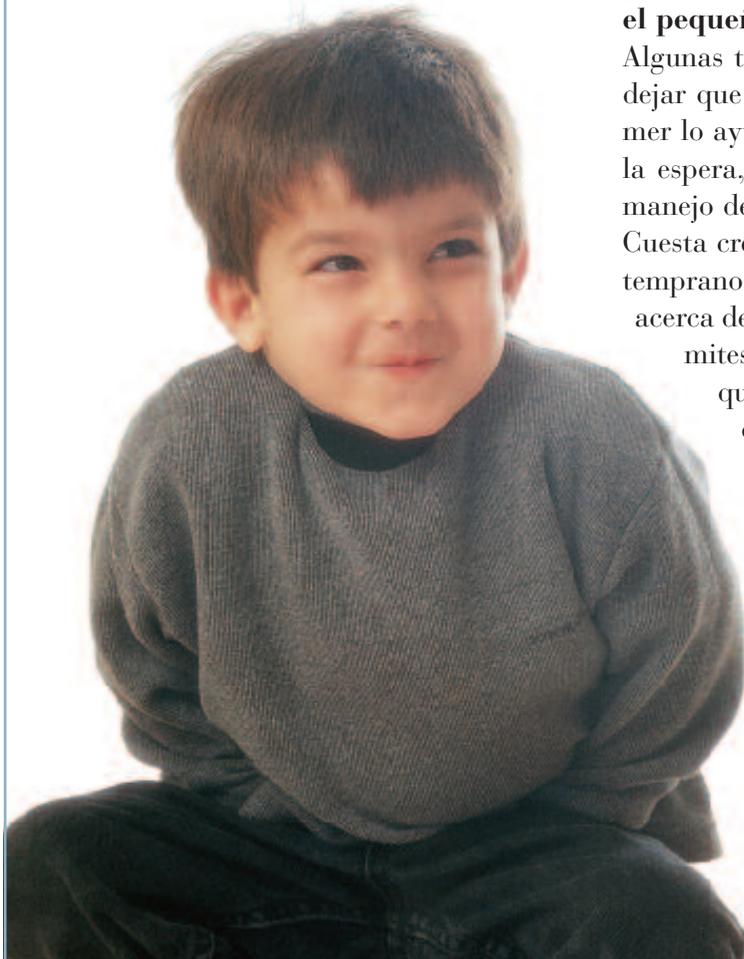


## Consumo y mensualidad

Para muchos padres, el exacerbado consumismo de sus hijos se convierte en uno de los principales escollos a la hora de poner límites, aunque reconocen que, a cambio de una hamburguesa o un par de zapatillas de marca, logran tranquilizarlos en más de una ocasión.

Según los especialistas, la asignación de una mensualidad puede ayudar a concebir un límite en cuanto al uso del dinero. Sin embargo, ésta sería una opción válida sólo a partir de la preadolescencia.

Cuando las demandas infantiles son desmedidas o muy frecuentes, una alternativa es proponerles realizar determinadas tareas en el hogar y retribuirlas monetariamente. Esto puede ayudar a incorporar los conceptos de esfuerzo y de sacrificio. Sin embargo, durante la niñez esta práctica debería ser una excepción para evitar una “negociación permanente” con el niño.



## Asuntos de familia

En todos los hogares donde hay niños y adolescentes, el tema de los límites es un terreno en el que ningún padre quiere equivocarse, porque cada error propio perjudicará a quien pretende proteger y educar.

¿Cómo hacer, entonces, para acertar el camino o para fallar lo menos posible? ¿Cuándo empieza la tarea? ¿Cuál es la manera más saludable de consagrar la autoridad de los padres? ¿Qué pautas se podrían discutir con los hijos?

Las preguntas son interminables, y las respuestas, tantas como las experiencias personales o las derivadas de las distintas escuelas y vertientes de la psicología y la psicopedagogía.

Pero en algo acuerdan todos: **el principio de autoridad de los padres es un ingrediente fundamental para la construcción de la personalidad del niño, y la puesta de límites debe comenzar ni bien el pequeño asoma a la vida.**

Algunas teorías aseguran que, por ejemplo, dejar que el bebé llore un rato antes de comer lo ayudará a incorporar el principio de la espera, actitud que le facilitará luego el manejo de la frustración o la ansiedad.

Cuesta creer que la tarea deba empezar tan temprano, pero también existe coincidencia acerca de que, para estrenar la puesta de límites,

no hay que esperar a que el pequeño camine y rompa todo.

Antes del año, el pequeño diferencia lo que se puede y lo que no se puede hacer. Y, según opinan los pediatras, a los diez meses de vida, el niño está preparado para interpretar el “no”, si sus padres se lo dicen con tono firme y claro.

¿Qué son los límites, fuera de estas pautas que, a primera vista, se parecen bastante a consejos para no criar un nene caprichoso? ¿Qué otra razón los hace necesarios?



“Los límites son reglas que ayudarán al niño a vivir en sociedad, a marcar un hábito, una rutina, que aprenderá por repetición. Son rituales que se asocian a determinado placer y le permitirán crecer con seguridad. Si la regla familiar es que el pequeño se bañe todos los días, cuando vea que la madre prepara la toalla, asociará ese ritual con el baño, y sabrá que después se sentará a la mesa para cenar, y que luego vendrá la hora de ir a dormir”, explica Verónica Corna, psicóloga infanto-juvenil.

“La historia del país le imprime una asociación negativa al criterio de autoridad. Sin embargo, los padres, al demostrar autoridad y marcar qué es lo prohibido y qué está permitido, ayudan a que el niño incorpore los límites, que podrán ser diferentes según las distintas edades, o incluso según las pautas morales de cada familia, pero siempre deben ir acompañados de una explicación. Eso le dará solvencia y credibilidad”, sostiene la profesional.

Es fundamental que ambos padres se muestren de acuerdo con la actitud o medida a tomar y deben mostrarse así ante sus hijos, aunque íntimamente no lo estén o, incluso, lo discutan luego a puertas cerradas. Si los padres están separados, lo ideal sería que acordaran normas comunes en beneficio del hijo. Pero, cuando esto ni siquiera es posible por la distancia o porque la relación no lo admite, es necesario que, al menos, cada uno explicité sus límites. El niño podrá quedar parado entre dos mundos, pero tendrá claridad (y seguridad) al saber qué cosas le permite su papá y qué otras, su mamá.



## Las rayas del camino

“El auto, raudo, recorre la carretera negra. La noche es oscura. Miro el parabrisas y me pregunto cómo verá el conductor el camino. Yo tengo la vista confusa (...) De pronto, despierto (...) ¿Qué ha sucedido? (...) Es la misma ruta, la misma noche, pero todo es diferente (...). Descubro el gran acontecimiento. Ahora la ruta, la misma ruta, está demarcada, tiene rayas blancas a los costados y una línea segmentada en el medio(...) También el cerebro se me enciende. Descubrí en qué consisten los límites (...)

¿En qué consisten los límites? En eso, en delimitaciones del camino, en cercos protectores, en marcos contenedores y referenciales.

No son un fin en sí, son un instrumento para realizar fines. Cuando ellos están uno puede actuar y elegir. Hasta, si quiere, puede salirse del camino. También para salirse hay que conocer los límites.

Eso: los límites son para que pueda haber libertad. Justamente, lo contrario de lo que podría pensarse: no cercenan la libertad, la otorgan.

Las rayas no son el camino; el camino está entre ellas, y dentro de ese estar entre ellas tú puedes elegir el ritmo, el movimiento, el desplazamiento, la velocidad, el rumbo, el qué, el cuándo, el cómo, y si quieres dejas de moverte, te detienes y todo lo que tu fecunda imaginación te proponga, lo puedes realizar sabiendo qué va adentro y qué va afuera de esos límites, de esas rayas. Y eliges.

Esa es tu libertad, y la tienes porque tienes límites”.

(Extraído del libro “Los hijos y los límites”, de Jaime Barylko-Emecé Editores).



## La "tele"

"No me preocupa que mis hijos vean El Chavo y consuman la violencia de un nene que le encaja un cachetazo a otro porque le quitó un autito. No lo festejo, pero tampoco me preocupa. Lo peligroso es que la televisión actual 'dignifica' valores con los que uno no está de acuerdo; por ejemplo, que un corrupto o un sinvergüenza demuestre que se puede vivir muy bien, rodeado de sirvientes y engañando a la gente. Me preocupa que eso sea lo habitual", advierte Nacha. Con un adolescente y otra a punto de serlo, confiesa que, en su casa, los adultos manejan el control remoto. "La televisión es una buena oportunidad para practicar la puesta de límites, aunque eso cueste algunas peleas con los chicos", dice.

Ella recuerda como si fuera ayer "el día de la crisis". Javier, desde sus 12 años, le cuestionó su criterio e insistió en ver Cebollitas. La respuesta fue "no" y estalló el escándalo. Después llegó la explicación "Es más difícil pero hay que sentarse con ellos a ver televisión para marcarles algunas cosas. No te podés quedar de brazos cruzados cuando -en diez minutos- una novela boicotea los valores que uno construye para su familia", concluye.

## La edad problema

Liliana Grifasi es psicopedagoga y dirige un instituto de reeducación y apoyo al niño y la familia. Según comenta, uno de los principales motivos de consulta tiene que ver con adolescentes que, supuestamente, no saben estudiar y terminan el año llevándose "una pila" de materias.

"Las madres llegan desesperadas cuando ya no pueden manejar la situación y les ayudamos a entender que el tema -quizás- se manejó mal desde el principio. Ni bien el niño entra al colegio, los padres deben ayudarlo a

organizarse. La escuela inculca el sentido de la responsabilidad, y es necesario pautar, por ejemplo, el momento de realizar la tarea para convertirlo en una rutina, en un hábito. Cada familia analizará cuál es el mejor horario, incluso lo puede elegir junto con el niño, de acuerdo con sus gustos. Pero él debe conocer la regla, y cuando vuelva de la escuela, después de tomar la leche, antes de bañarse o después de ver su programa de televisión favorito, sabrá que le toca hacer la tarea", grafica la psicopedagoga.

Estos problemas de aprendizaje constituyen uno de los tantos conflictos que después aparecen con fuerza durante la adolescencia, una etapa cada vez más prematura que exige pautas específicas.

- Un adolescente también necesita su espacio, para explorar, para encerrarse a escuchar música y para tener su propio lío. Si no guarda las cosas, es un problema de él y no de la madre, que se mete a ordenar la habitación. En todo caso, habrá que decirle que ése es su espacio, y que debe ordenarlo y ventilarlo.

- Lo importante es que cuando aparezcan los cuestionamientos, cuando el joven elija a sus amigos como confidentes o cuando se presenten los conflictos generacionales, los padres se armen de paciencia y no crean que se ganarán la confianza jugando a ser amigos de sus hijos. "Está bien que tengan una relación amigable, pero los roles deben quedar establecidos. Los padres siguen siendo la autoridad y no pueden ponerse al mismo nivel. No es la misma responsabilidad ni la misma experiencia -sostiene Grifasi-. Al adolescente hay que ayudarlo, permitiéndole su búsqueda individual y confiando en las bases y ejemplos que recibió desde niño".



## Una buena zurra

Las psicopedagogas cordobesas Liliana Grifasi y Mabel Benedetti, son las autoras de "Cómo corregir una conducta, la puesta de límites", trabajo en que constan algunas pautas a seguir frente al difícil tema de los premios y castigos. Las especialistas sostienen que es fundamental plantearse qué tipo de persona pretenden los padres de sus hijos. Así, nacerán las reglas de la familia y los límites, que deben ser claros y aceptados por el grupo, ya que serán más efectivos si, al plantearlos, se supera el mero criterio de la autoridad. Porque, una vez establecidas las reglas, se podrá reforzar el modelo con premios y castigos.

En este marco, las especialistas conciben al castigo como la sanción que permite corregir conductas no esperadas. Y plantean algunas ayudas:

- Es importante que una vez consensuadas y explicitadas, las normas se cumplan siempre y no queden

sometidas a la consideración de quien las hizo, del humor del padre en ese momento o de otras circunstancias.

- Otro punto a tener en cuenta es que la gravedad del hecho no debe juzgarse por las consecuencias, sino por la intención de esa acción. Por ejemplo, es más grave que un niño tire con bronca voluntariamente un jarrón al piso aunque no lo rompa, que otro que involuntariamente rompe un vidrio jugando a la pelota.

Las intenciones fueron distintas: uno quiso romper algo, aunque no lo logró; el otro, sin quererlo, rompió un objeto.

- También es importante que la sanción sea precisa, acotada e inmediata a la falta cometida por el niño. Si imponemos un castigo que dura una semana, el niño termina olvidando cuál fue el error. Es preferible que sea breve, pero firme.

- En oposición al castigo corporal, las especialistas prefieren el "de privación" que puede brindar mejores frutos desde el punto de vista pedagógico. De todos modos, no es saludable privar al niño de una actividad durante

mucho tiempo:

encerrarlo en su habitación durante un día entero no hará más que llenarlo de bronca y prepararlo para una falta más grave. Por eso las especialistas, resumen que el castigo debe ser siempre **reflexivo, medido, adaptado, claro, inteligente, inmediato, honroso y personal.**



Producción fotográfica:  
Verónica Sirkovich y Fino Pizarro.  
Modelos: Leonardo Isaia, Noris Ferrel, Víctor Augsburg, Valentín, José y Felipe Garibotti.  
Agradecemos a: Estudio fotográfico Sincro X, Casa modelo Valle Escondido y Mannequin's.